



## LA PEDAGOGÍA MISIONERA DE JESÚS

## Las Parábolas



*La semilla no falta...  
a veces falla el comercio*

Realmente es sorprendente: para entender la forma de actuar de Dios, tenemos que comprender la forma de actuar de los hombres.

Aparentemente debería ser al revés.

El año pasado comenzamos a reflexionar sobre la pedagogía de Jesús. Su forma de mostrarnos el rostro de Dios, el verdadero rostro del hombre, la forma de vivir como cristianos.

Uno de los elementos que Jesús usa en su pedagogía son las parábolas. Sobre algunas de ellas os invitamos a profundizar este año.

Y para comenzar os proponemos la parábola del sembrador... ¿nos acompañáis?

# Dios es generoso a la hora de repartir la semilla

¡Qué tacaños somos a veces!  
Y no hablo del dinero... Intentamos algo una, dos veces... no resulta según lo que esperábamos y decimos ¡es imposible!  
Por fortuna Dios no piensa de la misma manera

Sin duda que el algún lugar tienes una Biblia o un Nuevo Testamento. Si no te es mucha molestia búscalos, ahora o más tarde, y vete al evangelio de San Mateo, al capítulo 13. Lee los versículos del 3 al 9. Es la parábola del sembrador. Dice así:

Y les habló muchas cosas en parábolas. Decía: « Una vez salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra; pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron. Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos, que oiga.



Más tarde los apóstoles le añadieron una interpretación basada en que hay diferentes tipos de “tierras” (de personas) que reciben el mensaje de Jesús de diferentes maneras.

Pero todo da a entender que la primera intención de Jesús era comunicar algo distinto: Dios es Padre de todas las “tierras” (hombres) y a todas ama.

Por eso, cuando quiere transmitir su Buena Noticia, dar la posibilidad de vivir en libertad y felicidad, no se fija en la calidad de la tierra... para todas ellas hay semilla.

Su generosidad, su amor, no tiene límites. No le importa que buena parte de la semilla se pierda.

Lo que realmente le preocupa es que haya un solo hombre o mujer que no reciba esa semilla y quede privado de la posibilidad de vivir su vida en plenitud.



Jesús lo había aprendido viendo la siembra de los campesinos: era imposible que toda semilla diera fruto.

Lo había experimentado en su predicación: era imposible que toda palabra suya fuera fecunda. Siempre había un margen de pérdida grande.

Pero para conseguir una buena cosecha había que sembrar sin escatimar esfuerzo ni semilla. Con generosidad.

Además había comprendido que Dios, su Padre, ponía más semilla en la tierra aparentemente más estéril. Porque mantenía la esperanza de que algún día diera fruto.



# Con esas mismas actitudes está llamado a trabajar el misionero

## Cuando el problema es el comercio...

No basta tener una buena cosecha. Si falla el último paso del proceso, todos los esfuerzos anteriores pueden ser inútiles. Y ese último paso es vender la cosecha.



Ocurrió hace algunos años en un lugar perdido del centro de América Latina. Una zona donde casi exclusivamente se cultiva algodón.

Un campesino decidió experimentar con los pimientos. Mucho tiempo le llevó preparar una amplia zona de tierra y crear un sofisticado sistema de riego que aprovechara al máximo el poco agua disponible.

Antes se había puesto de acuerdo con un comerciante de la gran ciudad ya que no había medios para comercializar los pimientos.

El comerciante vio la posibilidad de conseguir pimientos a muy buen precio y acordaron cuánto le pagaría por cada kilo. Más de dos años le costó al campesino conseguir la primera cosecha de pimientos de excelente calidad.

En ello había dejado todos sus ahorros y había tenido que pedir varios créditos. Cuando terminó de cosechar sus pimientos llamó al comerciante de la ciudad que a los pocos días apareció en su campo.

El comerciante le preguntó si había hablado con otros compradores. La respuesta fue clara: "No, porque había llegado a un acuerdo contigo".

Las palabras del comerciante resonaron como un trueno: "Mira, hablamos de pagarte 10 por kilo, pero sólo puedo pagarte 2,50. Lo tomas o lo dejas".

El campesino hizo sus cuentas. Si vendía los pimientos a 2,50 iba a quedar endeudado para el resto de sus días ya que no podría pagar los préstamos. Igual que quedaría endeudado si no los vendía.

Decidió no venderlos. Antes de que se pudieran los repartió entre los vecinos. Recuerdo que aquel año comimos todos pimientos en cantidad.

Con lo que cada uno tenía, unos en dinero, otros en especie, todos le fuimos dando algo a don Ramón, así se llama en campesino, por su generosidad... y lo mejor es que poco a poco consiguió salir de la quiebra.

Los cristianos tenemos la semilla del Reino de Dios.

Semilla no falta, el problema muchas veces es cómo comercializarla, es decir, cómo hacer que llegue a sus destinatarios.

Dios siembra con generosidad y de forma gratuita.

La gratuidad es una de las características fundamentales del misionero.

Cuando a veces seleccionamos mucho la tierra donde sembrar, nos podemos encontrar con la semilla podrida en nuestras manos.

# La evangelización no es una película del oeste americano

Confieso que me gustan las películas del oeste.

Pero siempre hay algo que me deja un mal sabor de boca. Desde el principio sabes quiénes son los buenos y quiénes son los malos.

Y por supuesto los buenos son “muy buenos” y los malos “muy malos”.

Son formas de ver la vida que nos evitan pensar y sobre todo nos evitan hacer el esfuerzo por intentar comprender al otro desde adentro de sí mismo. Mejor ponerle una etiqueta desde el principio.

Esa manera, desgraciadamente tan común, de enfrentar la realidad, nada tiene que ver con la manera que Dios tiene de ver a las personas, cualquier parecido con la forma de evangelizar de Jesús es una gran mentira.

Sin embargo esa mentalidad se nos ha colado, casi sin darnos cuenta, en nuestra forma de pensar como Iglesia y hasta en nuestra forma de transmitir la Buena Noticia del Evangelio.

Estudiamos con mucho detenimiento en qué tierra vamos a sembrar y calculamos el rendimiento que puede dar.

¡Qué lejos estamos del actuar de Dios!

A Él no le importa sembrar en el camino, en el pedregal o entre abrojos... tiene la certeza de que esos lugares —esas personas— algún día llegarán a dar fruto... no importan cuándo ni cuánto. Dios tiene fe en ellos.

El misionero es alguien que cree en aquellas personas consideradas como el “deshecho de la humanidad”. Y no sólo cree en ellas, sino que son el primer lugar donde deposita la semilla, esperando contra toda esperanza.



## Para reflexionar y charlar en grupo

Sería bueno hacernos como personas, grupo o comunidad cristiana algunas preguntas:

1. ¿A quiénes dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo y recursos?
2. ¿Con qué criterios valoramos a las personas y a los grupos humanos?
3. ¿Hasta qué punto somos esclavos de la “rentabilidad” o somos capaces de actuar desde la gratuidad, sin esperar resultados?

Y, por supuesto, confrontar nuestras respuestas con la forma de actuar de Dios.